

RAFAEL-

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

BIBLIOTECA

Caja 1

Foll. 36

COSAS



GOYA EDICIONES
SANTA CRUZ DE TENERIFE
(CANARIAS)

COSAS

RAFAEL-ANGEL RIVERA

COSAS

Ilustraciones de
LUIS



GOYA EDICIONES
SANTA CRUZ DE TENERIFE
CANARIAS

Es propiedad. Derechos reservados

GOYA ARTES GRAFICAS. - Doctor Allart 26-32

A Mary

COSAS

MARCOS Rubio era un rojo más entre los rojos. Un rojo más, que se abría paso a codazos o a tiros, en intento de cobrar un mínimo de superficie, en cualquiera de los pocos barcos que en el muelle de Cartagena iban a salir hacia donde el diablo les llevase...

Marcos era un rojo más; muerto de miedo y con hambre de vida... Lleva-

ba a cuestras el miedo que no había tenido en tres años de guerra; al lomo, la juventud que no había usufructuado y a la que tenía derecho. Portecía la rabia de la derrota, derrota en él heroica.

Sudaba y trasegaba odio.

Con mil esfuerzos —dispuesto a jugársela—, logró asentarse en el sólido humano de la cubierta.

Muchas millas a la espalda ya, se dió cuenta que vivía, que iba cantando himnos de guerra... Se dió asco y escupió. Lió tagarnina. Arrojó al agua un par de bombas de mano y acarició la pistola... Le dió por no pensar.

Cuando empieza a irse el sol, mucho camino a la espalda, alguien le pregunta:

—¿De dónde eres, camarada?

—¡Qué más da!— replica Marcos con la voz, y sigue para sí: «Para mí, como mi pueblo, nada... Aquella fuente, la picota, la plaza, las ciruelas de allí, la tierra oscura, mi calle,



¡mi calle!» Prosigue ya para el otro: «¡Qué más da! Nos vamos de donde somos. Hemos perdido nuestra sangre, los amigos, la novia a la que todavía no nos habíamos declarado... olvidaremos nuestra calle... Si yo supiese quién ha perdido la guerra... Yo la he ganado, la he ido ganando desde el primer día... Cinco veces me sacaron de las trincheras los camilleros; las balas, no podían... Mira, camarada, el pecho atravesado y la pierna; fíjate en este brazo y por la sangre, munición...»

—Camarada, yo también —responde el otro— mira... mira... mira...

—Todos igual, pero vamos huyendo— y Marcos escapa del diálogo.

Del mar blando, del mar sin bandera ya, ve Marcos surgir cosas conocidas, formas que no quisiera recordar: su pueblo pinto, las dos vacas holandesas «Preciosa» y «Morita», que ayudan a sostener la familia, las manchas verdes de los huertos que él

conoce; distingue clara la fisonomía de Consuelo, su vecina; en cada casa que ve flotar sabe quien vive... Fosfo-rean las siluetas de los peces, haciendo como acrobacias tontas, y Marcos no comprende por qué ve en ellas seme-janzas extrañas; con la ermita del pueblo, con el Ayuntamiento, con sus amigos, con su madre... Sabe que a su lado no pueden estar esas cosas y, sin embargo, las distingue, las palpa.

* * *

El labriego no puede estar sote-rrado, necesita seguir la ruta del sol.

—La mina me ahoga, camarada. Era mejor la trinchera... Era mejor la cárcel.

—O la muerte, Marcos.

—Allá... lo que sea.

* * *

El hombre necesita comunicarse, que los demás escuchen su canto, su dolor o su blasfemia.

—

—No le comprendo.

—

—No comprendo.

* * *

—Hoy es la fiesta de mi pueblo. Nos ponemos los mejores trajes; si se pudo, uno nuevo; en otro caso, se tiñe o se vuelve el viejo. Por la tarde hay una novillada barata y todo el pueblo va, luego el baile... no se duerme esa noche...

—En el mío, Marcos, el día de la Patrona se queda el campo solo. En el paseo ponen barracas, en la plaza dos norias, donde las mozas no quieren subir —las que se montan, chillan sus sofocos—, caballos del tío-vivo, se reparten comidas a quien no la tiene y holgando y bebiendo se pasa... Además, todo el día los músicos, dale que dale... Mi pueblo es el mejor del mundo...

—Como el mío no, camarada...

Las mozas más guapas del contorno de allí son...

—No compares Marcos. En el mío...

—El mío...

* * *

Los hombres se están mirando: las azadas en descanso muerden la tierra; ellos como oyendo un ángelus. Mientras fuman un pitillo, vuelan por su cabeza los pájaros infernales de la nostalgia, que traen verbena de mujeres: María, Juana, Aurora, Eulalia...

—¡Consuelo! —clama Marcos.

—¡Consuelo! —dice el otro.

«¡Qué casualidad!», piensan ambos.

* * *

—Me asfixia el aire, camarada.

—No nos conoce, Marcos.

—No le conocemos.

—Es malo cambiar de aires.

—Es peor morirse lejos de su cementerio.

—...Tú verás, Marcos.

* * *

—Allí hablaba de ti, Consuelo.

—No salía de mi casa, Marcos.

* * *

Al fogón, los padres, Marcos, el hermano más pequeño y la hermana... Se recuerdan historias de la historia que debiera olvidarse. De pronto, el hijo que ha llegado, se levanta y va besando a cada uno de los suyos, con ansia, con temblor.

—¿Qué te pasa Marcos, mi hijo?

—Tonterías, madre. Arrechuchos.

Marcos sale hacia el establo, carcomido, sucio, telarañas y orines...

El hombre y las bestias se observan, se comprenden.

—...Cosas, «Preciosa»... No me des con la lengua, «Morita».

—¡Hijo!, anda, ven...

* * *

Salen el hombre y mira al cielo amigo. Cielo turbio, helado, mísero. Escucha mugidos, el reloj de la torre. Oye a su corazón y le da rabia emocionarse... Queda derrotado por una lágrima suya, maciza, vieja; una lágrima que tiene años de vida y hondura histórica.

BREGANDO

DE tarde en tarde, Rodrigo envía, un telegrama a su mujer. Ahora mismo acaba de hacerlo. (Telegrafiar es aminorar la distancia y también el recuerdo. Darle un quiebro, saltarse a la torera el sentimiento. Al corazón, una estafa).

El hombre va a acostarse con la sugestión del descanso: el calor le va despojando de ropas; los proyectos le

desnudan de sueño. Y la mañana le «despierta» sin haber dormido... Hirvieron en su cabeza nombres de clientes, tallas, modelos, precios, colores, la apetencia de una venta récord... El dos por ciento de comisión crecía al compás largo de la cifra general de venta, que se agiganta, se hace cordillera numeral.

En la entrevela, Rodrigo calibró con justeza: Dada la calidad de los géneros, el prestigio de la casa, lo propicio de la época, el buen año agrícola... Ante tales sumandos, no hay fallo. En diálogo, lo hubiera llamado; a solas, ha tenido en cuenta «su alta cotización como vendedor».

Las tarjetas de visita del personaje, dicen: «Rodrigo González de Tomás.—Representante de la Casa Fat.—Avenida de los Tilos, 189, segundo, derecha.—Barcelona».

A Rodrigo se le percibe parlanchín, reidor, abierto; de los que entran en la amistad por la puerta grande. Dice

cosas de él y de los demás —como suyas— con gracejo. Conoce el último chiste y la historieta picante. Pe a pa sabe el estado de los equipos de fútbol, y si no gana quinielas es sólo por culpa de... los imponderables. De toros habla, pero menos. Si sufre, no se ve. (Rodrigo es de los demás. Sus cosas él se las guisa y se las traga. Además —se lo hemos oído alguna vez—: «Con penas no se vende. Con lástimas, calderilla»). Tras comida y cena, café, puro y copa. Siempre de coñac y siempre «antañón». Es de ley. Ley de ruta. Su indumentaria es variada y sometida a reglamento. Corbata tal, con el traje azul; para el gris... Hasta los zapatos están sujetos a la ordenanza. El traje hace al viajante. («Vístete bien, Sancho, que un palo vestido no parece palo»).

Rodrigo está absorbido por su profesión. Comenzó vendiendo para vivir. Hoy pospone su tanto por ciento —que tampoco olvida— al deseo de

victoria. («Marcar goles», es su frase). El éxito, no la ganancia, como meta. Cuando en los ojos, los silencios, los gestos, hasta en las dudas del cliente ve acusarse el pedido, Rodrigo es feliz. Si logró presa —golear—, después de recalcitrante negativa, entonces nuestro representante no es hombre, es... ¡el amo del mundo!... Llega a tal su orgullo que se goza en haber vencido, casi aniquilado al Rodrigo de antes.

En verdad os digo que cada día menos, pero otras veces...

Antes de hoy, en un anteayer que se remonta a un par de años, Rodrigo aprendía violín; lo hacía cuando quedaba libre de mecanografiar balances, archivar correspondencia y hacer estadillos en la oficina en que trabajaba.

Esas cosas de la vida: matrimonio, piso, carestía de todo... hacen imposible subsistir con tan menguados ingresos. Hay que buscar algo más.



Cambiar de trabajo. Hay que ganar, por todos los medios honrados, más. Es preciso —dolor de la vocación que quedara yerma— dar un adiós definitivo a la música y... en su endeble funda verde como mortaja y con exequias de silencios, el violin pasa a ser el primer trasto inútil de la familia.

(Hay que nacer aquí abajo. El que lo hace en las nubes es acogotado por la tierra. Maldito sea el que brota a la vida con sensibilidad, sonetos, arpeggios, luz de luna, estrellas... Todo eso no da sangre ni hace sebo. No se pudre. No atrae las moscas).

Razonar, derrota. Pero hay que sostener al hombre que cae, zurcirle... El hombre se remienda creyendo en él. La vanidad —y un trasunto de ética antigua— impulsa a ejecutar lo que de nosotros se espera.

Rodrigo aún no sabe lo que hará y ya está convencido de que no vale. Al lado suyo —hombro con hombro,

beso contra beso, fe contra falta de fe— está anti-Antonia Quijano. Aquí se llama Rosita y Rosita es la mujer de Rodrigo.

El matrimonio voltea soluciones. Calcula. Concibe empresas. Aquilata... Caos. Resolución femenina. (Los caminos se allanan al achicarse la pupila). Ella irá a ver a don Antonio. Don Antonio vive en el principal de la misma casa. Es representante ha muchos años, el oficio le ha relacionado y... ¡quién sabe! El vecino debe tener su buen dinerito: la hija estudia Farmacia, el hijo es perito industrial. Tiene también una casita en un pueblo, lindero al mar.

Cuatro días después —acaso veinte días— Rodrigo sale de una imprenta. Acaba de encargarse —todo emoción— tarjetas de visita. (El texto de ellas lo hemos leído hace un momento).

Quince días más tarde —quizás treinta— llegan a casa de Rodrigo dos

maletas. Son de madera fuerte, pintadas en gris plomo, remaches de hierro, cinturón de cuero, doble cerradura. Por dentro, están macizas de ropa de lana... El destinatario las abre con cortesía, con sospecha.

—Déjame a mí— le dice la mujer.

De los brazos de la madre pasa el crío de meses a los del padre. Rosita queda pasmada ante tanta prenda. Las mira, remira. Trasiega de lo que va sacando. Algunas de las cosas que extrae las sobrepone a sus ropas modestas; compara, elogia y pone carita de renuncia... El marido ha preguntado un par de veces:

—Eso, ¿qué es?, ¿cómo se llama?

Sonríe ella, responde y Rodrigo casi se entera.

La voz de dentro no deja de tentarle.

—No valgo, no valgo.

—Vales, vales— insiste Rosita.

A Rodrigo se le atraganta el futuro: Salir por provincias, dejar —medio

del todo— el hogar puesto hace poco más de un año; a la madre bonita y al rorro; tratar con desconocidos. Aguantar estíos y polvo. Hielos y horarios. Gestos desabridos u hostiles y...

—No valgo, no.

El hombre, antes de acostarse, aprieta sus labios sobre la carne del hijo; sobre el pequeño estratifica sus ojos, como queriendo llevarse en sus entresijos el gesto infantil.

La mujer le oye revolverse en el lecho.

—Por Dios, Rodrigo... No te atormentes más. Vales.

—Claro... ¡valgo!— y lo dice sin ganas de creerse.

La noche es, para el representante en ciernes, parto infernal, cita de aquelarre.

Disfrazados con rebecas, pullovers, faldas o sueters, aparecen, detrás de los mostradores más inverosímiles, comerciantes rojizos, pecosos, calvos, largos, barbudos... Rodrigo

les habla y ellos se le ríen; les ofrece la «carta de colores», ellos le enseñan sus brazos sin manos; les suplica, se vuelven de espalda; les amenaza, se despojan del disfraz y se lo arrojan a la cara, a los pies. Tropieza. Caen. Despierta... Le da paz sentir al lado suyo los sueños dormidos del hijo y la mujer.

(¡Qué habrá que hacer para vender, Señor!)

Despierto ya del todo, el hombre ensaya situaciones. El con él; con él, como comerciante.

Vivirá las escenas a lo vivo. Haciendo de cabeza, tronco y pies, necesidad vital... Se ve llegando a la puerta de un establecimiento. Con la mano se atusa el pelo. Tira el cigarrillo casi entero. Coloca bien el bien colocado nudo de la corbata. Tose un poquito. Destapa una sonrisa. Decisión. Entra...

—Buenos días, señor... Un gran placer en conocerle. Supongo recibi-

ría una tarjeta anunciándole mi llegada. Representó a la afamada «Casa Fat», la cual acapara las mejores lanas del mercado nacional, e importa, para dar al tejido más consistencia, mucha australiana; por ello, puede ofrecer a su clientela la mejor mercancía al mejor precio. No dudo que tendrá sumo gusto en ver el muestrario.

—Lo haría con placer... la crisis, sabe... todo paralizado, nadie compra; para qué se va a molestar, comprenda...

—Sí, claro, me hago cargo... Entonces...

(¡Te has perdido, Rodrigo!... Da esperanzas de venta. Pradiga optimismo. Inventá... busca tres pies al gato... No admitas la verdad en el negocio; la verdad que no te conveniga, se entiende).

Nueva representación. Después del fracaso mental, los esfuerzos de

Rodrigo por superarse tienen esencia heroica. Empieza:

— Buenas tardes. Don Pedro, ¿me hace el favor?

— Yo soy.

— Servidor de usted y también a su servicio la Casa Fat, a la que me honro en representar...

— Sí, sí, pero...

— Por favor, don Pedro... Esta Casa se supera de estación en estación, día tras día, para llevar al comercio distinguido, al comerciante inteligente, del cual usted hace escuela (!!), las mejores calidades: perfecto colorido, duración, confección acabada y además facilidades de pago.

— Gracias. Acabo de comprar a...

— Sin desmerecer, pero no compare...

— En fin, perdone;... no tengo tiempo. Es posible que el año que viene. Vuelva a ver...

Rodrigo piensa: «Mi mujer, mi hijo y yo, a morirse, ¿no?» Y siente unas

ganas locas de meterle, quieras que no, a su comerciante imaginado, las maletas, con refuerzos y todo, por la cabeza.

(¡Qué habrá que hacer para vender, Señor!)

Sin embargo, Rodrigo se lo barrunta y se responde: «Ser hombre de impulso y de ingenio. Sicólogos sin libros. Augures de días fastos, de arqueos, de flaquezas, de los empeños de cada comprador, hasta de sus debilidades e ideas... Entender de todo: De coches, si el comerciante tiene o intenta adquirir uno; de lluvias, si el comprador tiene campo; de ictericia, si el industrial está amarillo... También hay que perder la personalidad cuando se intenta vender. Dar la razón, renunciando a nuestra soberana razón...»

...Fué difícil, más difícil que lo que la imaginación de Rodrigo suponía, pero triunfó.

Conoce ya todos los enlaces ferroviarios, las carreteras de España, los barcos más estables de los que hacen ruta de islas. Las maletas están salpicadas de nomenclatura hotelera. Ha visto, en siete ciudades distintas, siete veces el mismo No-Do. Conoce una geografía de calles comerciales de allá y acullá; los cafés donde dan café, la cocina más pobre y la más endeble, el valor de la propina y de la frase elogiosa... Conoce hasta el tuétano la vida de la tierra... Sufre la ausencia familiar, y cuanto más se acuerda, ¡más coñac!... La última Nochebuena le transcurrió en Jaén... (¡Qué más pena, la de un hombre solo, en una habitación de hotel, empeñado en no llorar!).

—Valías, ¿te das cuenta?— le dice Rosita cuando a trote largo vuelve y se va.

—De verdad, de verdad te digo que no... Bregar con los hombres; soledad. Gripes sin cuidados de amor.

Abusos... Estabais tú y el niño — pronto otro—. Había que morir en la brecha por vosotros... Lograr una casita como la de don Antonio.

—Rodrigo, mi cariño.

El representante se queda mirando a todas partes; la vista de la mujer sigue a la del marido.

—¿Qué quieres? ¿Buscas algo?

—Sabes, Rosita... Me gustaría ver el violín.

—Se lo dejé a mi hermano, también quiere aprender.

—Hiciste bien. ¡Qué simpleza!... El violín... con lo que tengo que hacer: liquidaciones, cartas, preparar los billetes, poner en limpio... Y mirarte, mirarte mucho. El tiempo no me deja tiempo. Mis horas son vuestras y de la ruta.

PÁGINA 21

UNA plaza escondida a la que se llega por una callejuela estrecha hasta lo inverosímil. Es una placita muda: sin pájaros, sin viejos, sin niños, sin historia o con historias sin recuerdos. Se ve en el centro una fuente de mármol en sequía secular. Desde que el sol se va, oscuridad hosca. Durante el día es como una sartén al fuego. Así siempre, las noches; siempre así,

los días... De tarde en tarde, algún perro sin amo descansa de golpes y se lame la sarna.

En la plaza, nueve, diez, quizá hasta una docena de viejas casonas señoriales. En una de ellas, pasada de generación en generación, vive Pedro Alvar.

Pedro y yo comenzamos los estudios primarios en el mismo Colegio; hicimos en el Instituto de nuestra localidad el Bachillerato y el mismo día salimos hacia Madrid para iniciar Derecho, carrera que él acabó, yo...

La amistad, surgida en la niñez y arraigada entre desacuerdos y tolerancias, permanece. Es decir, desde hoy dudo que prosiga.

De vez en cuando le visito. El también, aunque más de tarde, pasa por mi oficina.

Al llegar hoy a su despacho, Pedro deja de escribir y viene a abrazarme.

—¡Menos mal! —me dice—. Hacía un siglo que no nos veíamos.

—Lo mismo digo, para ti los amigos...

—Siéntate... No tengo tiempo para nada; solamente los domingos saco un rato a Margot y a los chicos a dar un paseo. Entre consultas, Audiencia, trabajos profesionales... se me va el tiempo.

—¿Contento entonces?

—Sí. Gano dinero, tengo dinero y logro fama. A ti no te voy a engañar: no puedo pedir más. De verdad, estoy satisfecho.

—Me alegro, Pedro.

Lo sé... Y tú, ¿qué?

—Vaya. Viento en popa. Las ganancias superan los cálculos. Inquietudes, miedo o dudas no faltan, pero todo se arregla. Gano más que necesito y como obligaciones no tengo...

—Deberías casarte.

—Es posible, pero...

Llaman a la puerta y entregan a Pedro una tarjeta.

—¿Me perdonas un momento?

—Claro, hombre.

—Es un instante. Revuelve por ahí y te entretienes. Tu presencia aquí me servirá de pretexto para zafarme de este cliente empalagoso.

—Mira: era solamente saludarte...
Me voy.

—¡Ni hablar! Ya que has venido, te quedas a comer.

—Sea, Pedro.

Me quedo solo en el despacho; meto —sin intención— los ojos en un libro de leyes y lo cierro con furia.

Sobre la carpeta de cuero que hay en la mesa, está el cuaderno en el que mi amigo escribía algo cuando llegué. Indelicadamente lo abro por cualquier sitio. Están numeradas sus hojas. Leo en la página 21: «Hoy cumplo cuarenta años. Ello me asusta. Más de la mitad probándome, saboreándome y no me gusto... Sin embargo, desde antes de nacer, desde antes de la Muerte debería estar preceptuado que Pedro Alvar habría de



ser así... ¿Qué hacer con un sino que no gusta? No conozco inventores, restauradores al menos, de destinos. Otro hombre no puede transformarme. He vivido mi vida y la de ellos. Necesito más que un hombre.

»Debí ser niño y joven. Probablemente reí. Quizá me asombre. Si alguna vez he llorado, ¿hubo tristeza en las lágrimas?... Gozar plenamente, sentirme dichoso, jamás.

»No me importa lo que parece interesarme. Sin haber logrado lo que ignoro desear, nada me apetece.

»¡40 años! Declive. Sin anclas que valgan, sin nada convincente a que asirme... El amor de Margot, los niños, los triunfos, la gloria... no me dan sueño. No me sirven.

»Hoy ¡40 años! Hace muchos que no te recordaba como en este instante. Hacía mucho tiempo que no tenía ganas tan hondas de llamarte, de decir: Mamá, mamá...

»También yo moriré. ¿Morir?... Me

agarraré a la vida, a esta vida que no me importa, como gato a alero. No será fácil mi muerte. La espero angustiosa, violenta. Duelo a muerte con la Muerte... Así será mi última hora; aunque la razón me dice que perderé... Tardará en venir. Lo sé. Tengo un corazón de acero, con cuerda equilibrada, eterna...

»Quisiera clamar por algo, anhelar algo concreto. Saber lo que quiero... No es dinero, ni lucha, ni reposo, ni... Pero es algo. ¿Cómo se pide lo que no se sabe pedir?... Demando lo que tienen otros. Los que sufren menos, los que saben por qué son desgraciados... Quiero lo que es posible esté concediendo yo. Quiero —y es lo único que sé— que ignoren todos este desequilibrio en que vivo. No deseo contagiarles. No intento despertar a los dormidos.

»Debería obrarse en mí un milagro para salvar mi existencia; esta de ahora que, de tanto amarla, puedo

perderla deliberadamente, acaloradamente. Sin creer en el prodigio, le espero. Sí, hay que buscarle, mi ansia milagrera y yo dispuestos a la marcha estamos. Caminando por donde sea y como sea, en ayuno, en silencio, cantando, con cilicios en las vísceras, desnudo o atomizado, si destruirse es necesario... Nadie mejor predispuesto: ni santos, ni fanáticos, ni hambrientos, ni exasperados, ni cobardes.

»Con mi sangre afirmo que jamás hubo nadie tan deseoso de prodigios, tan despierto y tan yerto, más en vida y en vilo, más en pobre hombre.

»¿Hay que esperar el milagro muerto? Está bien, sea así... A condición de que aquél se realice, de que no sea estafado...»

No leí las páginas precedentes. No esperé la vuelta de mi íntimo amigo Pedro Alvar, de mi «conocido» de siempre.

La plaza, me pareció, al salir, un crisol donde hervía la Nada.

EL DEBER

ENTRA en torbellino; piel terrosa y equilibrio torpe. Los vocablos se le atragantan y, articulados, brotan embadurnados en saliva blanca y redonda.

—Tome... tome —me dice—. Son las llaves del taller. Su amigo... don Juan, está allí encerrado... Sáquele. Yo... a entregarme.

El hombre intenta escapar, le aga-

rro de un brazo y le exijo que me diga lo ocurrido.

—¿Qué ha hecho, Antonio?

Antonio es el encargado del taller mecánico de Juan González. Es un hombre cincuentón, trabajador paciente, respetuoso y fiel, según versión del mismo Juan.

—Suélteme... Un arrebató... Una demencia.

—¡Hable de una vez!— grito.

—...Tuve que hacerlo... Fué por el nieto... Le rogué, supliqué y... nada. No, no quería pegarle.

—Aclare, por favor.

—Tengo al único nieto enfermo. El médico mandó de esas medicinas caras, de las que salvan a los ricos. En la casa no había tanto dinero junto... Pensé llevarme del taller algo, estaño, cobre o alguna pieza, lo que fuese, para malvenderlo... Las inyecciones urgían... «Pídele a tu jefe», me dice la hija... Reconocí que era lo mejor. El, don Juan, había curado a



su mujer el año pasado con esos potingues, se los trajeron de Tánger... Voy y le digo lo que pasa, me asegura que no puede, que los negocios andan mal... «Son mil pesetas, por mil pesetas se me cura el chico», le solicita mi ansia. «No es posible, Antonio».

»Sé que es mentira, él —usted lo sabe— tiene fincas, coche caro y... ciertas amistades... Mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, extrae uno, dos, hasta tres billetes de cien pesetas de la cartera... Detrás, en el último departamento de ella, distingo otros mayores, uno sólo y... Tenía las palabras del doctor, al darme la receta, rondándome en el instinto: «Con esto creo que se salvará».

«Toma este anticipo», y don Juan me larga las trescientas nada más... No supe lo que hacía. Me tiré a sus manos y le arrebaté la cartera; cogí de los billetes grandes, de los de mil, uno... Intentó a la fuerza que se lo

devolviera... Era la salud del nieto y yo soy más fuerte... Vaya a sacarle, ande... Yo me voy al cuartel, a denunciarme por ladrón.

—¡Quieto!

—¿Usted aquí, don Juan?... ¿Cómo pudo escapar? Perdóneme. Haga de mí lo que quiera, aquí me tiene, de rodillas... Fué... No podré tener más nietos, la hija es viuda, usted lo sabe.

—¡Calla!

Don Juan levanta a su servidor que, como perro, lame el suelo y tiembla arrugado. En la estancia hay demasiado silencio. Sobran sorpresas.

—Mírame, Antonio... Llevas en la fábrica veinticinco años...

—He hecho mal, lo sé... No pude evitarlo. Y hubiera muerto antes... Era el nieto, mi ilusión única.

—Has hecho mal.

—Sí señor, no tengo perdón.

—No, no lo tienes... ¿Sabes cuál

era tu justicia, tu deber?... Tu deber,
¿me oyes bien?

—Dejarle morir.

—¡Matarme!

(Antonio no ha tenido suficiente
vanidad para absolver a su patrón).

« P A C H O N A »

ALLÁ por la difícil geografía cordobesa que bordea Fuenteovejuna, se extiende vulgar y grande el cortijo «Los Alazanes»... Una perraza de campo blanqui-dorada es su terrible y constante guardián. Las gentes la denominan «Pachona» porque sustituyó a «Pachón», otro perraco de presa, serio y cruel, que hubo que

asesinar tras de haberse encelado con una loba.

Todos los años «Pachona» aumentaba la población animal de la hacienda con cuatro o cinco perritos. Cuando ello acaecía, casi siempre a primeros del estío, la peonada entera acude presta a ver a los cachorrillos. No en balde gastan algunos ratos de su charla cansina en comentar gestos de la madre: Cuando, para avisarles del fuego en el pajar, saltó sobre sus camastros, cuando ayudó a salir del riachuelo crecido a Fermín, el hijo del montanero, cuando... Y el afecto que tienen a la perra, acaba poniendo exageraciones a los hechos reales.

A «Pachona» estos acontecimientos anuales la anonadan. Su cerebro inconcreto no cuaja razones, pero el instinto huronea tristezas. Fueron ya varias veces las que al día siguiente de nacer sus hijitos, al dejarles solos unos momentos —dolorida y maltrecha de fiebre— para buscar un poco



de comida que les fuese después espesa y nutricia leche, no los hallaba. Husmeaba en lo que fué cuna de paja, aullaba, corría alocada de un lugar a otro, miraba a los hombres suponiendo que ellos adivinarían el motivo de su pena y se la aliviarían; ellos... ni la acariciaban, ¡cuando lo necesitaba más que nunca! Notaba, que hablaban bajo y miraban a las habitaciones altas del cortijo, allí donde a ella la pegaron fuerte una vez que subió... El tiempo calmaba su pena, como les ocurre a los hombres.

La última vez, sí encontró a sus pequeños; hubiera sido mejor no verlos. Había tenido tres, dos blancos como el padre, el perro del caserío «La Mancha» y otro como ella, blanqui-dorado. Uno estaba en el estercolero, otro sucio en la desembocadura maloliente de un albañal, el tercero en la copa plata y verde de un olivo; intentó llegar hasta él, im-

posible; le llamó, diciéndole algo en lenguaje de perro que hizo temblar a los hombres. El cachorrillo, quieto. «Pachona» pasó entera la noche, fijos los ojos melados en el hijo lejano. Al amanecer, se desperezó el aire, agitó suave las ramas del árbol y éstas dejaron caer su cargamento... A la perra la estremeció el ruido; al pronto, no se acercó, su mirada extática seguía fija en lo alto. Cuando reaccionó, el vientecillo la llevó el hedor del tercer hijo muerto... Se sentía morir de frío febril. Se acurrucó en el pajar y allí pasó dos o tres días. Los hombres la llevaban pequeños trocitos de pan y restos de comidas; la sobraba todo, no podía tragar... Fué en aquellos días cuando se juró que si volvía a tener hijos no se separaría de ellos un instante. Que tomasen toda su leche, después que chupasen su sangre y luego a morir todos juntos. «Pachona» tenía palabra de perro.

Mes de junio en la serranía. Des-

vanecidos olores a tomillo y a paja recién trillada. Entre los jarales, los pájaros esperan que el sol sosiegue su ira ardorosa. Sonar de carros, mugir de bueyes, sombras diminutas del mediodía que las bestias aprovechan para guarecer las cabezas...

Los señores fueron hace dos días a la Capital para que a la señora la viera algún médico y con ello evitar en lo posible sus amagos apopléticos. Se les espera de un momento a otro. Por eso hay más actividad entre la gañanía; bullen, se agitan; no es conveniente que el señorito les encuentre parados.

Hace exactamente tres días que «Pachona» fué de nuevo madre. No se ha movido del lado de los suyos, cinco esta vez... El poquito alimento que alguien la lleva no es bastante para sus necesidades. Las tetas están flácidas, como nunca se vieron. Siente hambre y sed... ¿Por qué ese miedo? ¡Está todo tan en calma!... De pronto,

sí, es a ella a quien llaman. Es la voz del hijo del dueño, un mozalbete como de catorce años, anchuras de atleta, pelo ensortijado, manos romas, ojos azules en faz cobriza, que hacen pensar en atavismos celtas. Hijo único de padres ricos, aferrados a la tierra exuberante porque les hace más ricos cada día, en varias ocasiones ha demostrado su aire insolente; gestos que agradan a la incultura paterna porque confunde la soberbia con la bravura noble; por ello, entre la gente campesina no encuentra cariños, ni simpatía.

Ya se distingue perfectamente claro el nombre: ¡«Pachona»! ¡«Pachona!»... El muchacho está frente a la perra madre... Toma uno de los recién nacidos y la madre le lame la mano («Pachona», ¿para qué te sirve el instinto? Da la impresión de que sólo posees inteligencia). Entre sus manos bronceadas, el perrito blanco parece una pequeña pelota multico-

lor de los juegos infantiles de las niñas... El chico se va, al rato se le oye en el corral llamando a la madre, en tono cariñoso... La perra duda en acudir, ¡tiene tanta hambre! sus pequeños se retiran pronto de sus ubres vacías, sin gota de jugo... De pronto... ¿Comprendió o recordó?

¡«Pachona»!... ¡«Pachona»!... sigue el mozalbete.

Ensoberbecido el muchacho ante la quietud del animal, vuelve a su lado portando una estaca. Primero la pincha, la perra aguanta impávida. La amenaza palo en ristre, ella, estiraza su cuello, restregando el suelo hasta acercar su bello temblón a los pies del adolescente, en los que pone como un beso sin sonido. El chico responde con una patada; se recoge el animal sobre sí mismo. Se sienta; bajo su vientre, oblicuo al suelo, se rebulle la cría. El muchacho empieza a castigarla de lleno, muestra la perra sus dientes y expele un ruido bronco. ¡Ah,

el hijo del amo es un carácter! Atiza fuerte a la boca que amenaza y mancha de rojo-sangre el labio negro. La perra, quieta en su sitio. El niño, desesperado ante aquella actitud, pega, pega, pega... sin tino, sin cuento. Dolorido en sus huesos huye el animal, la ubre se bambolea como ropa al viento... Espera en el corral, el chico sale en seguida con el segundo de sus hijos que alza en su mano y arroja contra una pared.

...Se abalanza la madre y halla quietud sin sueño; mientras tanto, el rapaz ha ido y vuelto ya con otro perrito que sigue la misma trayectoria mortal del primero... «Pachona» se aproxima al hijo destrozado y con su lengua, larga y seca, limpia —lamiendo— sesos y sangre...

El muchacho, engreído por su acción, sonríe con gesto de hombre y trata de seguir su obra...

La perra comienza a ser dueña de sí. Sigue a aquél lentamente y cuando

éste se da cuenta y la amenaza, comprende que el animal va a atacar... El valiente tiembla como un azogado, quiere correr, pasando por delante de «Pachona». Da ella un salto con las únicas fuerzas que la quedan y el niño cae; se agarra la madre a su cuello y no muerde, mastica con rabia, deglute con hambre... El muchacho quedó muerto junto a los perritos que mató... «Pachona» va como ausente a unirse con el hijo que la queda. Antes, con la paja se limpió la boca, sucia de sangre humana.

Pasan muchos minutos... Se oyen voces. Un hombre ha llegado hasta ella y mirándola profiere una blasfemia... Se marcha... Torna con una especie de palo negro... No se acerca... Alza aquello con las dos manos, se queda quieto y...

Yo vi a «Pachona» poco después, destrozada por las postas. Entre las piltrafas, el hijo vivo buscaba leche, vida...

ENVIDIA

ALDIAM

EN aquella dependencia hay cinco hombres. Para cada uno de ellos, una mesa. De éstas, tres tienen un recuerdo central verdoso, arrugado, salpicado de gotas de tinta. La otra, la cubre un grueso cristal sobre el que se estratifica el polvo y las cenizas del carbón que se quema en la salamandra cercana. La quinta mesa, la que corresponde a Miguel Romero, es la

más vieja; tiene las aristas astilladas, las cerraduras no funcionan, la madera de arriba se encorva, se agrieta. En la estancia hay también un Crucifijo, dos retratos grandes, una litografía de un puente de París —nadie acierta a saber por quién y cuándo se colocó—, un mapa, tres ceniceros mugrientos de metal, dos calendarios: uno de taco, con los días de fiesta en rojo; el otro, de pared, tiene estampada la efigie del padre Damián, el santo leproso. También queda, a la izquierda, otra mesita negra sobre la que reposa su vejez una máquina de escribir de carro grande, que renquea cansina y tiene ruidos de pecho asmático. Se ven periódicos distintos —cada cual tiene sus preferencias; cada hombre, un gusto— que pululan de una mano a otra. Una percha larga, dorada, con brillo descuidado, sostiene dos sombreros, un abrigo, cuatro gabardinas, una bufanda gris. Cuando algún camión pasa cerca, los

cristales, mal ajustados en las ventanas, tiemblan. La habitación apesta a nicotina.

Los hombres hablan siempre de lo mismo y de la misma manera: preferencias y equipos de fútbol; enemistades y esperanzas de escalafón. De tarde en tarde, algún chisme. Y hasta intimidades de hogar, que la oficina diaria hace la carne y los nervios de vidrio. Además, uno de los hombres recuerda, que:

—Hoy hace diez años que estamos juntos.

—¡Cómo pasa el tiempo!— transpunta otro con frase de saldo.

—¡Diez años ya!— añade Miguel al coro y sigue, casi sin quererse oír: «Diez años y... nada».

Porque «nada», para aquel hombre, es barrenar en el mismo agujero, arrancar cada mañana una hoja al calendario (la misma hoja con otro número), cobrar el primero de cada mes, ponerse careta para ser recono-

cido, sonreír al jefe, cambiar alguna vez de traje, padrear y darse cuatro días de baja en verano a causa de la disentería y nueve en enero por la gripe, asistir a algún entierro, mover papeles...

Miguel coge un periódico. No lee. Está preguntándose: «Entonces ¿qué es 'algo'? Algo, todo —se dice— es ver en estos compañeros que tienen diez años más que yo, arrugas, canas, 'experiencias', paciente satisfacción. Todo, es saber que dentro de diez años, y ¡cómo pasa el tiempo!, yo estaré como ellos hoy».

Observándole, Miguel vive su próxima década. Ha sufrido los años por venir en los otros y... no los quiere. No apetece pasar sin dejar huellas, sin volar, sin tropezar. En los años idos, ni un arco-iris, ni un nuevo pecado, ni una rebelión, ni un sueño, ni un sacrificio.

Miguel maldice la rutina hecha tradición vital. El —el hombre Mi-

guel— quiere ser, no le basta con vivir. Siente rabia hacia la pasividad del hombre, le exaspera su conformismo, su engreimiento, su narcisismo morfológico... Si él supiera hablar con rugidos de bestia ancestral, exclamaría: «No os ufanéis; sois, compañeros, lo que yo: ruta corta: casi nada. Al cabo de los años, de eso que es tan poco, seréis menos aún. Diez años más y nada.

»Comprended que, si pienso así, este triste desengaño me enfade y que os perdone. Pero de verdad os envidio. Tengo celos de vuestra paciencia, de vuestra paz, de vuestra pequeñez. Hasta de vuestra gordura».

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL
DÍA 12 DE FEBRERO DE 1955
EN LOS TALLERES DE
GOYA ARTES GRAFICAS
SANTA CRUZ DE TENERIFE

2

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA



* 6 6 0 3 6 6 2 7 1 6 *

10 ptas.